



**EL OSO**



# 1

## La vida es ahora

El hombre tranquilo llegó a la sastrería a la hora acordada. Llamó al timbre y pegó la nariz al escaparate para curiosear en el interior. Paredes de madera, baldas con carretes de hilo colocados en fila, expositores de botones de marfil... Los maniqués saludaban como embajadores en una cena de gala. Durante décadas, aquel local había sido considerado uno de los más selectos de Sombria.

Se frotó las manos. En Sombria siempre había una desapacible niebla que calaba los huesos, siempre había que andar esquivando los charcos. Se decía que, mucho tiempo atrás, podían verse ardillas jugueteando sobre las hojas secas del parque y mariposas azules aleteando entre las madres que paseaban por los puestos de fruta. Pero el eclipse lo cambió todo. El sol se escondió tras la esfera negra de un planeta y la ciudad se sumió en la oscuridad y el frío. Las grandes chimeneas que se construyeron para caldear la atmósfera terminaron con las aves y las plantas, y los hombres se acostumbraron a no hablar por la calle para no dejar escapar su calor corporal.

Repasó mentalmente la conversación telefónica que había mantenido con el sastre, por si se había equivocado de día. Se aproximaba a los setenta, pero nunca había necesitado apuntar nada. Iba a sentarse en la escalera de incendios cuando un hombre de mediana edad con cara de haber dormido la siesta descubrió el cerrojo y le invitó a pasar.

—Soy el que llamó el lunes, no sé si recordará...

—Sígame —le cortó el sastre, dibujando una mueca y tocándose la sien como si tuviera un fuerte dolor de cabeza.

Cruzaron la primera estancia en la que se encontraban los expositores y la caja. De ahí accedieron a la sala donde se tomaban las medidas. En el centro se alzaba una plataforma de un palmo de altura frente a un biombo de espejos. A un lado había una puerta que daba al patio interior del edificio. Al otro, se encontraba el taller, un habitáculo lleno de rollos de tela.

—¿Ha pensado qué género quiere para el traje? —preguntó el sastre, que se esforzaba por resultar cordial, aunque sonaba agotado—. Puedo aconsejarle, pero tiene que decirme si es para un evento o para ir a trabajar.

El hombre tranquilo quiso creer que si le costaba tanto esfuerzo sonreír era porque acababa de pincharse el dedo con un alfiler.

—Sólo quiero estar elegante —respondió.

El sastre colocó sobre el mostrador un catálogo de retales con una amplia gama de grises, el único color que se vestía en Sombria. De entre ellos, el cliente escogió una lana fría. Acto

seguido, se acercaron a un colgador con varias perchas y repasaron los modelos que mejor podían encajar con su anatomía. Con pinzas, sin pinzas; solapa ancha, solapa estrecha... En cuanto escogió uno, el sastre le pidió que se enfundara una chaqueta y un pantalón de muestra y le hizo subir a la plataforma, donde empezó a tomarle un sinfín de medidas que iba anotando en una cuadrícula.

El hombre tranquilo había esperado una sesión mucho más pausada. Para él, acudir a una sastrería era como recibir un masaje relajante. Disfrutaba con cada pequeña fase del protocolo, como escoger la tela del forro o los caracteres para sus iniciales en el bolsillo interior. Pero aquel sastre parecía querer terminar cuanto antes. No es que fuera desagradable con él, más bien se mostraba ausente, como si su cabeza estuviera en otro sitio mientras sus manos —a toda luz experimentadas— repetían patrones de forma mecánica, sin demasiada delicadeza.

—Es como si me estuvieras haciendo una radiografía —dijo, intentando favorecer otro clima.

—Es necesario medirlo todo porque tiene un hombro más caído que el otro.

Fue a dar una puntada sin soltar la hoja en la que seguía tomando sus notas y, entonces sí, se pinchó un dedo y soltó un improperio, maldiciendo su propio trabajo. Fue una explosión desproporcionada. Incluso si se hubiera cortado un brazo, habría resultado exagerada.

El hombre tranquilo permaneció callado.

El sastre dejó caer la hoja, que desapareció de la escena planeando, y se sentó en el suelo con la cabeza gacha.

El hombre tranquilo fue a preguntarle si estaba bien, pero saltaba a la vista que no era así. Ni siquiera era capaz de levantar la mirada, como si le avergonzase contemplar las imágenes de sí mismo que le devolvía el biombo de espejos. Esperó unos segundos antes de bajar de la plataforma y sentarse a su lado. Le ofreció la mano.

—Aún no me has dicho cómo te llamas.

—Gabriel —se presentó el sastre, conmovido por aquel gesto de ternura—. Discúlpeme, no estoy en mi mejor día.

—Puedo volver mañana...

—¡No! —le cortó, dándose cuenta al instante de que había sonado muy brusco—. Quería decir que no puedo perder tiempo.

El mecanismo de un reloj de cuco hizo sonar cinco veces el gong, confirmando que la tarde se les echaba encima. Un autó-mata con gorro de cascabeles salió a saludar.

—Mira —señaló el hombre tranquilo—, hasta ese bufón se ríe de nosotros. Pasamos el día corriendo tras un segundero que no se detiene nunca, como si la vida fuera algo que nos está esperando más adelante.

—¿La vida? Se me ha olvidado lo que es eso.

—La vida es ahora. El tacto de esta tela, cada latido de nuestro corazón.

—El dolor... —añadió Gabriel, parándose a observar el dedo en el que se había pinchado. Apretó la yema y se formó una gotita de sangre—. Siempre es lo mismo.

—No digas eso. Eres un hombre joven y apuesto. Estoy seguro de que, sea lo que sea lo que te acontece, sólo es una mala racha.

—Una racha demasiado larga...

—Al menos tienes un comercio afianzado de segunda generación —trató de animarle el hombre tranquilo.

Gabriel tomó aire de forma entrecortada y, dejándose acunar por la voz de aquel desconocido, se abrió a él sin levantar la vista del suelo.

—Ése es el problema. Todo iba como la seda hasta que, al morir mi padre, me hice cargo de la sastrería. He derramado tanto sudor entre estas cuatro paredes que tendrían que estar llenas de moho, pero el negocio se está hundiendo y me arrastra con él hacia el fondo. Yo antes no era así, puede creerme. Pero de pronto me siento perdido. Y lo peor de todo es que esta desazón se ha extendido a mi matrimonio. Llevo semanas durmiendo en un colchón tirado en el suelo de ese minúsculo taller, sin ver ni a mi mujer ni a mi hija.

—¿Por qué haces eso?

Gabriel se secó una lágrima con el dorso de la mano.

—Disculpe, no sé por qué le estoy contando todo esto.

El hombre tranquilo cogió del suelo la hoja con las medidas, apuntó algo por la parte de atrás y se la entregó.



—Quiero que vengas a esta dirección el próximo martes a las once de la mañana.

—¿Para entregar el traje?

—No. El día anterior enviaré a alguien para que lo recoja.

—¿Entonces?

—Tengo algo para ti que lo cambiará todo para siempre.

## 2

### **Mi bien máspreciado**

Gabriel pasó toda la semana pensando en la cita. Tras haberle dado un millón de vueltas al inesperado ofrecimiento de su cliente, seguía igual de desconcertado. ¿De verdad existía un elixir capaz de cambiarlo todo?

Cuando llegó el día y se apeó del tranvía en el lugar indicado, dibujó un gesto de extrañeza. Era una pequeña iglesia encajonada entre dos edificios, con una vidriera circular. El ladrillo estaba oscurecido por la humedad. A través de la puerta entreabierta, una melodía de órgano se filtraba hasta la calle.

Repasó la hoja con los datos del encuentro. Era allí, no había duda. Entró despacio, intimidado por encontrarse en un lugar sagrado. Últimamente se sentía tan despreciable que no creía merecer ninguna ayuda, y mucho menos venida del más allá. Sin embargo había acudido a la llamada del hombre tranquilo. Le intrigaba su misteriosa oferta, pero sobre todo sentía que podía llegar a ser su amigo.

Apenas había un puñado de personas desperdigadas por los bancos, pero ninguna era él. Al fondo del pasillo central vio un féretro. Estaban oficiando un funeral. Comenzó a pensar si todo aquello de la cita no había sido más que una broma macabra.

Se acercó despacio. El ataúd estaba abierto, rodeado de coronas de flores de plástico (la carencia de luz solar que provocaba el eclipse había exterminado los pétalos de Sombría). Le daba reparo asomarse pero, al mismo tiempo, algo que no podía explicar tiraba de él.

Reconoció la tela de inmediato.

El muerto vestía el traje que había confeccionado para el hombre tranquilo.

—Dios mío...

El muerto era el hombre tranquilo.

El órgano de tubos orquestó el momento con un acorde en sol menor que le provocó un estremecimiento.

¿Cómo era posible? Sólo habían pasado siete días desde la charla frente al biombo de espejos. Recordaba su voz acariciante, su elegancia, el gesto tierno que le dispensó cuando cruzó la puerta de la sastrería. Intentó reproducir la conversación, pero le costaba encontrar las palabras. ¡Debería haberle prestado más atención! Se vino abajo al pensar que ni siquiera llegó a ofrecerle un té.

Estaba nervioso, no sabía qué hacer. Sacó una barrita de cacao que siempre llevaba en el bolsillo y la extendió por sus labios

resecos, tratando de ocupar su mente en cualquier cosa para mantener el tipo. En ese momento, un joven con chaqueta y corbata se acercó a él por la espalda. Al notar su presencia, dio un respingo.

—No quería asustarle —se excusó—. Usted debe de ser Gabriel, el sastre.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué sabes mi nombre?

—Mi jefe dejó instrucciones precisas.

—No entiendo nada —repetía, sin poder apartar la mirada del difunto.

—Tal vez esto se lo aclare.

El joven le entregó un sobre. En su interior había una carta. No cabía la menor duda de que la había escrito su cliente. Era la misma letra manuscrita de la hoja donde había anotado la dirección.

Comenzó a leerla allí mismo, junto al féretro.

*Querido Gabriel:*

*El otro día te decía que la vida es lo que nos está sucediendo en este instante, cada latido de nuestro corazón. Sé que, para cuando leas estas líneas, el mío habrá dejado de funcionar.*

*No te lamentes por mí, no tengo miedo. He tratado de estar a la altura y vivir con plenitud cada minuto, tanto los buenos como los malos. ¿Te has fijado que las lápidas del cementerio*

*de Sombría carecen de fecha? Eso es porque los fallecidos no han vivido de verdad ni un solo día, es como si no hubieran pasado por aquí. Te aseguro que la mía tendrá una inscripción bien larga, y sé que tú también lo conseguirás. No permitas que el bufón del reloj de cuco siga metiéndote prisa. Estoy seguro de que sabrás tejer un porvenir maravilloso con la calma que merece esa labor.*

*Te ruego que acompañes a mi asistente a donde te indique. Él te hará entrega de mi bien máspreciado.*

*Con mis mejores deseos,  
un cliente satisfecho.*

Le costaba creer que estuviera viviendo aquella escena. Pero el traje era real, se trataba de la misma tela que había cortado con sus tijeras; aquella expresión de paz era real, de pronto congelada como todo lo demás en Sombría.

—¿A qué viene todo esto? —acertó a decir.

—Tenemos que irnos —escuchó al asistente.

Dedicó una última mirada al hombre tranquilo. «Sólo quiero estar elegante», había dicho el día que se conocieron.

*Mi bien máspreciado*, volvió a leer en la nota.

Suspiró y echó a andar detrás del joven hacia la calle.

## 3

### Tres regalos en uno

El asistente condujo en silencio por la periferia de Sombría. Las farolas se encorvaban por el peso del cielo, de tan plomizo que estaba. Cruzaron una zona residencial de edificios de cemento, con pequeñas ventanas herméticas que cerraban el paso a la niebla. Dejaron atrás un área industrial cubierta por un hongo de humo negro y se introdujeron en el páramo que rodeaba la ciudad, una desolada planicie salpicada de ruinas.

Gabriel miraba inquieto por la ventanilla. Nunca se había alejado tanto del centro. Se disponía a pedir a su improvisado chófer que diera media vuelta, cuando llegaron a una casa señorial, con columnas en la entrada y grandes ventanales al oeste. Estaba claro que había sido construida cuando había atardeceres, antes de que el sol se eclipsara para siempre. A Gabriel le sorprendió que quedase en pie un edificio semejante, de pulcro mármol blanco irguiéndose sobre aquella tierra tan negra que parecía quemada.

—Mi jefe la compró al regresar de sus viajes y se dedicó a restaurarla —le informó el asistente mientras bajaban del coche.

—¿Qué viajes?

—Era astrónomo, por lo que necesitaba encontrar lugares desde los que poder contemplar con claridad la bóveda celeste.

—Dudo que haya algún sitio así en toda Sombría.

—Por eso viajó más allá.

—Permíteme que lo dude —repuso Gabriel—. ¿Quién querría arriesgarse a ir más allá? Como decía mi padre, al menos aquí conocemos los charcos que pisamos.

Si había vida más allá de Sombría, lo cierto era que no se mencionaba ni en los libros de la escuela, ni en los descorazonadores boletines de los noticiarios. Los habitantes de la ciudad ignoraban de tal modo esa posibilidad que bien podía afirmarse que no existía.

El asistente abrió la puerta del palacete. El interior olía al barniz de las pinturas que cubrían las paredes. Por todas partes se hacían hueco esculturas, alfombras de seda, tapices, muebles de caoba y hasta un piano de cola, en estancias iluminadas por lámparas de araña.

—No sabía que los astrónomos ganaban tanto dinero —murmuró Gabriel con los ojos abiertos como platos.

—Mi jefe decía que cuando miras más allá de las nubes, donde nos esperan un millón de soles y estrellas, todo es posible.

El sastre pensó que la única luz que iluminaba su vida era la de los relámpagos de la tempestad que le acompañaba a todas partes.

Se preguntaba cuál de aquellas obras de arte le habría legado el hombre tranquilo. Siendo su bien máspreciado, como decía la carta, debía de tratarse de algo valiosísimo. Nunca había sido una persona codiciosa, pero se sentía tan desesperado que no veía el momento de hacerse con su regalo y salir disparado para venderse a un anticuario.

—Perdona que sea tan directo —se lanzó por fin, superando la vergüenza—. ¿Podrías decirme qué me ha dejado?

—¿Es que no lo sabe?

—Sólo dijo que es algo que lo cambiará todo para siempre.

El solo hecho de pronunciar esa frase le produjo un escalofrío de emoción.

—¿Por qué no prueba a adivinarlo?

—¿Tal vez es alguno de los cuadros? —entró al juego Gabriel, señalando la enorme pintura de una batalla naval.

El asistente negó con la cabeza.

—Ésos irán a parar a una fundación, al igual que las esculturas.

—¿Uno de los muebles?

Volvió a negar.

—Se quedarán todos en la casa, que se convertirá en una biblioteca pública. —Señaló una habitación con anaqueles de suelo a techo—. Ahí dentro hay miles de libros para aprender a mirar el universo

—¿No será dinero en metálico?

—Lo que había en las cuentas bancarias ha sido distribuido



entre unos parientes lejanos.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Entonces?

—Son tres regalos en uno —le tranquilizó el joven, aumentando el nivel de expectación—. Sígame afuera.

Salieron al patio trasero. De pronto escuchó un brutal alboroto. Procedía de una caseta situada al fondo. No podía creer lo que vio cuando el asistente empujó la puerta corredera y encendió la bombilla.

Tres jaulas enormes.

En una de ellas había un oso, en la segunda un tigre y, en la última, un dragón.